

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 14 DE JUNIO DE 1882.

NUM. 22.

SUMARIO.

1. Traje de visita.—2. Traje de *soirée* y teatro.—3. Tocador-duquesa.—4. Cenefa bordada.—5 á 7. Saco de labor.—8 y 9. Funda de almohada.—10. Guarnición bordada.—11. Dibujo de la capa de baño.—12. Fichú.—13. Fichú-chorrera.—14 y 15. Chaqué para señoritas.—16 á 22. Trajes para niñas de 3 á 10 años.—23 á 28. Sombreros de verano.—29. Vestido para niñas de 4 años.—30 y 31. Traje de lienzo azul marino.—32 y 33. Traje Pompadour.—34. Traje verde.—35. Traje de tela pintada.—36 y 37. Traje para señoritas.

Explicación de los grabados.—Las Artes de adorno. Las Artes prácticas, por D.^a María de S.—María, poesía, por don José Güell y Renté.—La Vida Real: apuntes para un libro (continuación), por D.^a María del Pilar Sinués.—Dos Angeles (continuación), novela vulgar, por D. Eusebio A. Escobar.—Una mirada al pasado, por D. E. de Lustonó.—Revista de Modas, por V. de Castelfido.—Explicación del figurin iluminado.—Sueltos.

Traje de visita.—Núm. 1.

Es de raso negro y guipur de pasamanería bordada de azabache. Falda corta con delantal plegado, cuyo borde inferior va guarnecido de una tira ancha de guipur bordada de azabache. Esta guipur llega tan sólo á los entrepaños de raso, que forman los lados del vestido. *Paniers* recogidos muy ligeramente y formando *pouf* por detrás. El cuerpo del vestido es alto, de raso liso; las mangas son casi largas, y van adornadas con una carterita de guipur. El corpiño, llamado *Sergio Panine*, es todo de guipur de pasamanería bordada de azabache; es un corpiño separado, que se pone encima del cuerpo del vestido; el delantero del corpiño *Panine* forma unas puntas bordadas con mucho esmero. Puede hacerse de todos colores, con cuentas iguales, y se le pone, si se quiere, sobre vestidos escotados.

Traje de *soirée* y teatro.—Núm. 2.

Vestido de raso sublime color de caoba rojo, y delantal de brocado del mismo color, pero de matiz más claro. Corpiño en punta, enlazado por detrás. *Paniers* recogidos debajo del corpiño; cola adornada en el borde inferior de dos volantes con cabeza. Toda la falda, redonda, es de brocado,



1.—Traje de visita.

2.—Traje de *soirée* y teatro.

con unos como pendientes de cuentas del color del vestido, que salen de cada lunar brochado.

Tocador-duquesa.—Núm. 3.

La mesa del tocador es de madera basta y va guarnecida de satinete de color (azul ó rosa), que sirve de *transparente* al cañamazo listado color *ficelle*, que se emplea para cubrirla. El volante del contorno del tablero y el del borde inferior van adornados de un encaje de guipur sobre malla, que se ejecuta con arreglo al dibujo que publicaremos en nuestro número próximo. La costura del volante inferior va cubierta con un rizado de raso. El contorno del tablero va adornado también con un rizado igual al precedente. Las cortinas se hacen del mismo cañamazo, forrado de satinete, y van adornadas, como indica el dibujo, con un encaje, cuya costura va cubierta con un rizado de raso. Un lazo, también de raso, va fijado en el centro superior.

Cenefa bordada.—Núm. 4.

Se la borda al pasado, al punto ruso y al punto de tallo. Esta cenefa puede servir para saquitos, cajas y otros objetos análogos.

Saco de labor.—Núms. 5 á 7.

Este saco es de felpa, y va adornado con tiras bordadas de colores vivos (véanse los dibujos 6 y 7). Las asas van formadas con un cordón grueso de seda, que rodea el saco, y las borlas son del color del fondo ó de los bordados. En la parte interior, este saco va provisto de los utensilios necesarios para labrar.

Funda de almohada.—Núms. 8 y 9.

El dibujo 9 representa la cenefa interior de la funda de almohada, que se ejecuta al punto de cadeneta con algodón encarnado y azul. Para la guarnición exterior puede tomarse un encaje ruso, bordado también de encarnado y azul, ó bien festonear sencillamente la tela con algodón encarnado ó azul.

Guarnición bordada.—Núm. 10.

Se la borda sobre lienzo ó cañamazo fino, y se

S.V.

MONIO
CENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

la adorna de barretas y piquillos á la aguja.

Dibujo de la capa de baño. Núm. 11.

Véase la explicacion correspondiente á los dibujos 14 y 15 de nuestro número anterior.

Fichú.—Núm. 12.
Cuello grande, escote plegado; chorrera formando conchas, de imitacion de Malinas.

Fichú-chorrera. Núm. 13.
Este fichú forma una lujosa chorrera; el cuello es redondo y plegado. Lazo de cintas flotantes.

Chaqué para señoritas. Núms. 14 y 15.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 13 á 18 de la *Hoja-Suplemento*.

Trajes para niñas de 3 á 10 años.—Núms. 16 á 22.

Núms. 16 y 17. *Vestido de satinete inglés, para niñas de 3 á 5 años.* Cuello grande á la marinera, abierto por delante sobre un peto, que se quita y se pone á voluntad. Corpiño flotante. Falda plegada. Banda ancha, que se anuda á un lado. Bordado en el cuello. Esta especie de raso inglés se lava perfectamente y conserva todo su brillo.

Núm. 18. *Traje de dril listado azul y blanco, para niñas de 7 á 8 años.* Espalda y delantero fruncidos. Corpiño que forma paletó, con plieguecitos. Cuello, mangas y borde del paletó guarnecidos de tiras bordadas. Capota levantada por detras.

Núms. 19 y 20. *Blusa rusa, para niñas de 4 á 6 años.* Esta blusa es de dril inglés encarnado. Pliegues huecos por detras. Delantero cruzado. Cinturon y cuello marino, adornados de bordado y galon.

Núm. 21. *Vestidito inglés, para niñas de 3 á 4 años.* Es de raso inglés crema, y va fruncido en la cintura y muy escotado. Fruncido estrecho en el escote. Este vestido va adornado de un bordado hecho á la mano, de color azul celeste, azul marino y encarnado. Los dos volantes y el escote van adornados del mismo modo.

Núm. 22. *Traje de dril inglés listado, de color de rosa y blanco, para niñas de 7 á 10 años.* Corpiño en forma de paletó. Dos volantes realzados de un bordado. Bordado igual en torno del paletó, de los bolsillos, de las carteras y del cuello. Capota de raso color de rosa, adornada simplemente con un lazo grande.

Sombreros de verano.—Núms. 23 á 28.

Núm. 23. *Sombrero de raso crudo,* cubierto de malla de seda cruda y forrado de terciopelo morado, con cinta igual, que rodea el sombrero y forma bridas. Por encima, ramos de lilas blancas y lilas de Persia.

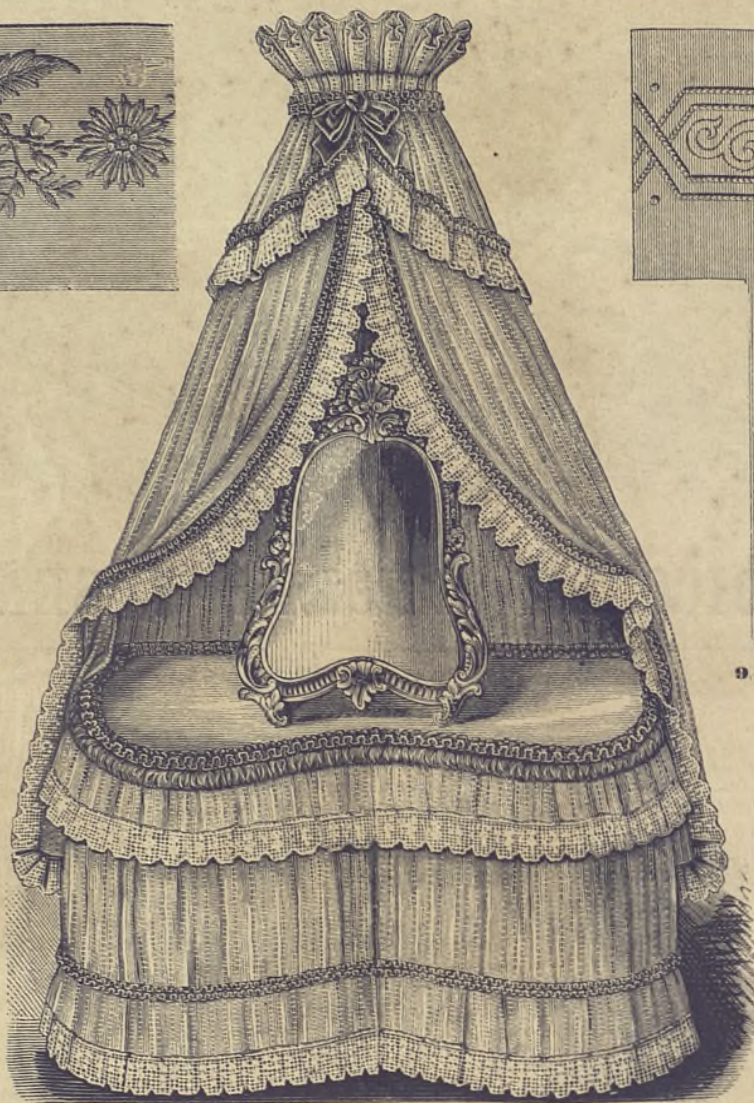
Núm. 24. *Sombrero de paja blanca,* forrado de terciopelo granate, con bridas de tul color de rosa pálido con motitas. Por encima, ramo de rosas encarnadas con hojas.

Núm. 25. *Sombrero de paja marron,* forrado de terciopelo igual; bridas de faya marron, que forman sobre el sombrero un lazo sujeto con una hebilla de acero. Plumas encarnadas y color marron.

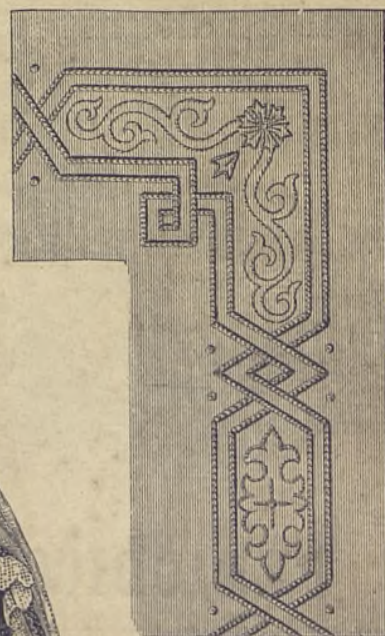
Núm. 26. *Sombrero de paja y terciopelo.* Este sombrero, sin bridas, es de paja de Italia, y va forrado de terciopelo marron, fruncido.



4.—Cenefa bordada.



3.—Tocador-duquesa.



9.—Bordado de la funda de almohada. (Véase el dibujo 8.)



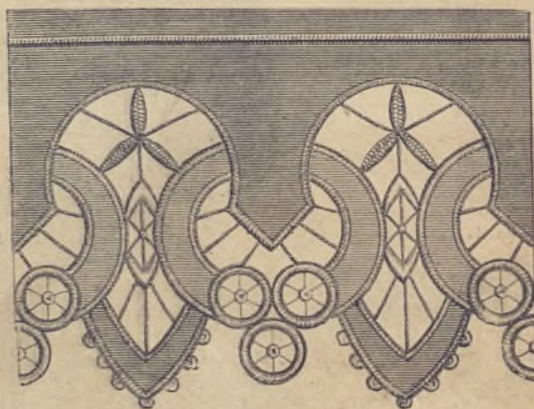
6.—Tira ancha del saco de labor. (Véase el dibujo 5.)



5.—Saco de labor. (Véanse los dibujos 6 y 7.)



7.—Tira estrecha del saco de labor. (Véase el dibujo 5.)



10.—Guarnicion bordada



8.—Funda de almohada. (Véase el dibujo 9.)



11.—Dibujo de la capa de baño. (Véanse los dibujos 14 y 15 de nuestro número anterior.)
Explicacion de los signos: X azul oscuro; □ azul claro; ■ encarnado; | fondo.

La parte de encima va adornada de un lazo grande de terciopelo morado, fijado con mariposas de acero y plumas color de rosa.

Núm. 27. *Sombrero de paja clara,* con forro de terciopelo morado oscuro. Plumas de un azul claro y encaje crudo.

Núm. 28. *Sombrero de paja Manila,* con forro de encaje ficelle, fruncido por delante. Por detras caen dos bridas anudadas de terciopelo negro. Un ramo grande de rosas de su color y rosas color crema, con hojas y capullos, adorna la parte de encima del sombrero.

Vestido para niñas de 4 años. Núm. 29.

Este vestido es de lanilla fina ó de seda azul claro, y va guarnecido de guipur de Irlanda. Vestido-saco, que termina por detras en un pliegue ancho. Por delante, la parte inferior del vestido va plegada con un volante ancho de guipur. Cuello cuadrado, guarnecido de la misma guipur.

Traje de lienzo azul marino.—Núms. 30 y 31.

Delantero: Falda plegada, con cuatro galones en el borde inferior. Sobrefalda guarnecida del mismo modo, puesta al sesgo y recogida de un solo lado con un lazo grande del mismo color. Corpiño en punta, enteramente liso, con cuello vuelto, y mangas largas con carteras.

Espalda: Un paño ancho, plegado y adornado de galones, cae sobre la falda redonda plegada. El corpiño termina en una aldeta corta de frac, con pliegues redondos.

Traje Pompadour.—Núms. 32 y 33.

De tela lisa y tela rameada, fular ó lienzo pintado. Se ejecuta tambien este modelo de satinete con claveles encarnados.

Delantero: Falda de tela lisa, ribeteada de un tableado y de una tira blanca bordada, muy ancha, con bullon á media falda. Corpiño-túnica con bordado puesto en forma de solapa y lazo grande flotante en medio. La túnica va recogida muy alto, en las caderas, y el corpiño se abre sobre una especie de chaleco de tiras blancas bordadas, rodeado de un plegado en punta, puesto sobre el corpiño como un fichú. Mangas semilargas, con volante bordado.

Espalda: La túnica va fijada cerca de la cintura, y cae formando paño ancho y corto, sobre dos paños anchos iguales, terminados en una tira bordada.

Se corta el corpiño por las figs. 1 á 3 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Traje verde.—Núm. 34.

Es de tela de lana y seda, con dibujos; sobrefalda lisa, pudiendo hacérsele de velo, tela pintada ó fular estampado.

Falda corta de tela lisa, plegada á pliegues finos, con tres volantes plegados en el borde inferior. Unas tiras bordadas, crudas, van puestas á plano, á lo largo. Un lazo grande adorna la falda. Sobrefalda ribeteada de un bordado crudo, puesto en forma de solapa sobre las caderas, con un lazo flotante. Corpiño en punta, y aldeta rodeada de un bordado en forma de solapas. Chaleco figurado, hecho de tiras blancas bordadas. Mangas largas con carteras.

Traje de tela pintada. — Núm. 35.

Se le puede ejecutar de satinete, fular estampado, lanilla de verano, etc. Cada modelo puede hacerse de telas distintas del color preferido.

Vestido de falda redonda, lisa, con corpiño y sobrefalda de tela rameada, adornados de encaje moreno. La falda lleva un tableado ancho, con tira fruncida por cabeza. Sobrefalda fruncida á lo largo por delante y en los lados para formar cógido muy ligero. Corpiño con aldetas, en puntá, con mangas largas y un encaje que guarnece el delantero del corpiño. Un paño plegado, igual á la túnica, cae sobre la falda por detras.—Se corta el corpiño por las figs. 4 á 8 de la *Hoja-Suplemento*.



12.—Fichú.



14 y 15.—Chaqué para señoritas. Espalda y delantero. (Espec. y pat. núm. IV, figs. 13 á 18 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

Traje para señoritas. — Núms. 36 y 37.

Vestido de tela de cuadritos de seda ó lana, guarnecido de bordado crudo.

Delantero: Falda plegada á pliegues huecos; en el borde inferior, dos volantes anchos de bordado. Corpiño sin pinzas, fruncido en el borde inferior, de cintura redonda, con cinturón de cintas del color del vestido. El cuello, grande; la aldeta y las carteras de las mangas son de bordado.



13.—Fichú-chorrera.

Espalda: Parte inferior de la falda, plegada de tela lisa. Corpiño forma princesa por detras.

Se corta el corpiño princesa por las figuras 9 á 12 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

LAS ARTES DE ADORNO.

LAS ARTES PRÁCTICAS.

I.

No hay educación completa para la mujer sin el estudio de las artes, y principalmente de la música.

Desgraciadamente, este estudio es á menudo dirigido con escasa inteligencia, lo que impide obtener los resultados que debían esperarse de un trabajo perseverante y asiduo.



16.—Vestido de satinete inglés. Espalda.

18.—Traje de dril.

17.—Vestido de satinete inglés. Delantero.

19.—Blusa rusa. Espalda.

21.—Vestidito inglés.

22.—Traje de dril.

20.—Blusa rusa. Delantero.



23.—Sombrero de raso crudo.



24.—Sombrero de paja blanca.



25.—Sombrero de paja marron.



26.—Sombrero de paja y terciopelo.



27.—Sombrero de paja clara.



28.—Sombrero de paja Manila.

Se quiere hacer *musicien* a la fuerza, por decirlo así, sin preocuparse en manera alguna de saber si la niña, a quien de buena ó de mala gana se la obliga a sentarse delante de un piano, posee ó no las disposiciones naturales, sin las que es imposible adquirir un verdadero talento.

Es, sin embargo, evidente que no se puede apreciar si la discípula está dotada ó no de aquellas sino despues de haber probado a interesarla en el arte de la música y haberse cerciorado de si su gusto se desarrolla y hace progresos, ó permanece estacionario. Por de contado, es conveniente que una señorita no sea completamente ignorante en materia de música. La teoría musical, y más tarde el estudio de la armonía y la composición, no exigen, propiamente hablando, otra cosa que trabajo, aplicación y cierta dosis de inteligencia, que todo el mundo posee, y constituye, en suma, la educación musical. Cuando ménos, ésta sirve para comprender las obras de los grandes maestros y enseñar a formular un juicio exacto sobre una partitura ó sobre la ejecución de ella. ¿No basta esto para dar a las mujeres que han comprendido así los estudios musicales, aun cuando no sean grandes ejecutantes, una superioridad positiva sobre las que no reúnen otro mérito que la brillantez de la ejecución?

Todas sabemos con qué inmenso trabajo se logra adquirir eso que llaman *agilidad de dedos*, y cuán fatigosos son esos ejercicios cotidianos, repetidos durante largas horas, para las familias y aun para los vecinos condenados a sufrirlos. ¿No es verdaderamente insensato imponerse a sí mismos ese suplicio y torturar de esa manera a jóvenes organizaciones, para no crear sino *semi-alentos* pretenciosos, sin verdadero encanto, sin calor, que dejan a los oyentes absolutamente

frios, y que a veces son verdaderas plagas de salón?

Para apoyar mi aserto me bastará rogar a mis lectoras que evoken sus recuerdos.

Si despues de algun trozo de música ruidosa, acrobático de notas, que caen unas sobre otras como las aguas de una cascada, lleno de acordes extraños y chillones, y de dificultades insensatas, se deja oír una frase musical sencilla, ampliamente dicha, é interpretada con sentimiento, se ve que las fisonomías se distienden; se siente que los pechos oprimidos respiran a plenos pulmones; cada cual sufre la influencia de la armonía, y el alma de la ejecutante hace pasar a la del espectador toda la emoción que ella misma experimenta al interpretar una bella obra. Sin duda la ejecutante que haya hecho oír una de esas sinfonías erizadas de dificultades, obtendrá vivos aplausos, porque al fin no se puede prescindir de hacer justicia a lo mucho que ha debido padecer hasta acostumbrar sus dedos a un ejercicio tan violento; pero ¡cuánto más lisonjero y halagüeño es ese murmullo de aprobación que se escucha a cada frase dulce y sentida bien interpretada! Se puede admirar a la primera; pero la segunda encanta, entenece, conmueve.

Así, pues, opino que es inútil gastar grandes cantidades de dinero é imponer a las niñas las cuatro ó cinco horas diarias de teclado, que se consideran indispensables (sobre todo cuando los esfuerzos del profesor no son secundados por las disposiciones naturales) para producir solamente una aturdimora. Y aun este mismo resultado no se obtiene siempre; que tambien se dan casos de que, tras una labor tan ruda, la discípula consigue con muchísimo trabajo tocar cuatro vales y seis rigodones, con gran desesperación de los que bailan, sin poder jamas po-



29.—Traje para niñas de 4 años.

30.—Traje de lienzo azul marino. Delantero.

32.—Traje Pompadour. Delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 3 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Traje verde.

31.—Traje de lienzo azul marino. Japón.

35.—Traje de tela pintada. (Explic. y pat., núm. II, figs. 4 á 8 de la Hoja-Suplemento.)

36.—Traje para señoritas. Delantero. (Explic. y pat., núm. III, figs. 9 á 12 de la Hoja-Suplemento.)

37.—Traje para señoritas. Espalda. (Explic. y pat., núm. III, figs. 9 á 12 de la Hoja-Suplemento.)

33.—Traje Pompadour. Espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 3 de la Hoja-Suplemento.)

ner de acuerdo sus piernas con la pianista, inventora de un compas perfectamente fantástico.

¿Qué es lo que sucede, las más de las veces, con las organizaciones poco musicales á que me refiero? Que, apénas casada la señorita, obligada en su niñez á maltratar el piano durante las horas en que ella hubiera preferido jugar, correr, ó leer libros, se apresura á cerrar el mueble, para no abrirlo nunca más, porque ha llegado á odiar al desgraciado instrumento.

La verdadera *musicienne*, es decir, aquella cuyo talento se compone de *sentimiento* y de *saber*; la que siempre se ha interesado vivamente en los estudios progresivos que ha tenido que hacer; la que encuentra en la música su mejor pasatiempo y una satisfacción íntima, profunda, real, esa no abandona nunca un arte que profesa con cariño. Las que están en este caso cultivan la música con entusiasmo, pero con tal encanto al propio tiempo, que no fatigan con ella ni á su marido, ni á su familia, ni á sus relaciones: tiene demasiado incrustado en su sér el sentimiento musical, para buscar á toda hora el aplauso de un auditorio; pero encuentra en su talento un recurso infinito contra el aburrimiento de sus horas de soledad, y embellece con él sus horas de reposo en el hogar. Y como cada día se ensancha el horizonte de ese talento, llega inevitablemente á un grado de superioridad, que la coloca de derecho en el rango de los artistas.

Como de pasada, diré dos palabras acerca de esos *pequeños prodigios*, á quienes enseñan á ejecutar ante un auditorio, mártir de la vanidad de los padres, trozos de música de gran dificultad. Es una cosa que encuentro absolutamente *ridícula*. Poned á vuestras niñas en un colegio hábilmente dirigido, donde en ciertas épocas tengan que tocar ante gentes extrañas, á fin de que se habitúen á perder la timidez; pero no impongas á vuestros amigos la penitencia de tener que aplaudir los progresos infantiles. Lo repito: nada demuestra tanto la falta de *savoir-vivre*, como el afán de exhibir el precoz talento de los Rubinstein en flor, que, con frecuencia, no confirman las esperanzas que habian hecho concebir.

Nada he dicho acerca del canto, que, sin embargo, considero como el lado verdaderamente atractivo de la música.

Para cantar, la primera condicion no es tener una gran voz, sino la de *decir bien*. Sin duda no es posible cantar cuando el órgano de la voz se resiste á una cierta emision del sonido, ó cuando se tiene una extincion de voz relativa, que da la nota sorda y velada; pero afirmo que con una voz clara, entonada, aunque sea débil, se producirá más efecto, sabiendo el arte de conducirla bien, que con una voz extensa y sonora, pero ruda y dirigida sin arte y sin gusto.

Es indispensable, para llegar á poseer ese arte, recurrir á un excelente profesor. Nada es más perjudicial á la habilidad del ó de la cantante que seguir los estudios bajo la dirección de un profesor que deja tomar á sus discípulos costumbres defectuosas de diccion ó de emision: la voz cambia y se modifica en absoluto bajo la influencia de estos estudios, y el órgano vocal más cristalino puede degenerar en gangoso ó en chillon, con un profesor que no sepa corregir á tiempo esos defectos.

II.

No es la música el único arte que pueden cultivar las mujeres: por otra parte, las que no están bien dotadas bajo el punto de vista musical es fácil que reúnan las mejores disposiciones para la pintura, y no serán, por cierto, las que menos tengan que agradecer á la Naturaleza.

En efecto, ¿qué satisfacción iguala á la de ver brotar bajo sus dedos las flores de colores vivísimos, los paisajes inundados de luz, de reproducir sobre el papel ó sobre el lienzo un sitio agradable y pintoresco? Los cuadros y los dibujos son otros tantos recuerdos que, más tarde, hacen revivir las más frescas impresiones de la juventud. ¿Qué encanto el de poder reproducir fielmente la fisonomía de un niño adorado ó la cabeza venerable de una madre! ¿No son éstas suficientes recompensas de unos estudios que, despues de todo, nada tienen de fatigosos, proporcionando, en cambio, tan dulces compensaciones?

El número de señoritas que presentan sus obras en las exposiciones de Pintura aumenta cada año en proporcion considerable: entre ellas las hay que son artistas de un mérito positivo, y el tributo de admiracion que el público les paga las indemniza de los esfuerzos empleados para llegar á conquistar un verdadero talento.

Nada más á propósito para lisonjear el amor propio femenino que ese elogio imparcial y espontáneo del público que visita una Exposicion á un cuadro que le agrada y atrae su atencion. Perdida entre la muchedumbre de visitantes, y, por lo tanto, sin que su modestia tenga que sonrojarse, la artista puede disfrutar de los elogios hechos á su obra por un público cuyas apreciaciones no son de desdenar.

Empero, como es evidente que todas las mujeres no poseen las dotes necesarias para llegar á ser grandes artistas áun á costa de un trabajo tenaz y continuo, no pretendo tampoco que todas las señoritas que estudien el arte de Murillo pinten como Rosa Bonheur ó Henriette Brown: eso sería pretender lo imposible. Llamaré, no obstante, la atencion de las madres de familia hácia lo que nombraré el *arte práctico*, abordable para todas, y cuyas numerosas ramificaciones ofrecen á las diversas aptitudes recursos infinitos. A este número pertenecen la pintura sobre porcelana, sobre marfil, sobre abanicos y sobre esmalte.

Es conveniente para una mujer la adquisicion de estos talentos útiles. ¿Quién sabe lo que el porvenir nos reserva?

MARÍA DE S.

MARÍA.

Es tu gracia divina;
Es tu ingenio fecundo;
Tu espléndida belleza, peregrina;
Tu corazon, tan grande como el mundo.

A veces reconcentras, angustiada,
Tu altivo y generoso pensamiento,
Y miras, como el águila encerrada
Herida en sus prisiones, sin aliento.

Tienes oro, poder; tienes amigos,
Y vives en el mundo solitaria.
¡Cuántos somos testigos
De lo que sufre la opulenta-pária!

Eres reina y señora
De muchos corazones,
Y tu espíritu llora
Tus perdidos amigos é ilusiones.

La llama se convierte en blanca nube,
En cenizas el fuego,
Y hasta los cielos sube
Del alma triste el amoroso ruego.

Y cual se gasta en Mayo
El aroma á que el viento le da guerra,
Como se apaga el rayo
Que no cabe en el cielo ni en la tierra,

Así la dura y envidiosa suerte
De tu esperanza despedaza el hilo,
Para encerrar en su funesto asilo
Lo que de tu esplendor deje la muerte.

Cuando la tempestad rompa la nave;
Cuando el ángel sucumba,
Para que nunca su memoria acabe,
Yo le haré con mis versos una tumba

Tan grande como el mundo,
Donde vivan eternos tus despojos;
Donde, postrado, en mi dolor profundo,
De la luna ante el rayo moribundo,
Viertan mares de lágrimas mis ojos.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

Madrid, 20 de Mayo de 1882.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

IX.

Mariana á Valentina.

Madrid, Setiembre de 1882.

VODA confusa, temerosa y llena de dolorosas aprensiones, te escribo, Valentina, deseando me digas en seguida si he cometido alguna locura ó si he hecho lo que tú esperabas de mí.

Sola me habeis dejado, lo mismo tú que Roberto, batallar con la inmensa desgracia del desamor y del cansancio de mi marido.....

—¡Dios te inspire — me dijiste — porque yo no puedo aconsejarte!

Y ántes y despues de estas desconsoladoras palabras, me decias en tu carta cosas tan graves y elocuentes, que, al leerlas con reflexion, no pude guardarte rencor por el abandono moral en que me dejabas.

Mucho he meditado á mis solas: cuando por la noche se marchaba Diego y yo quedaba en casa sin distraccion, sin compañía, sin otro amor que el de mis hijos, sentaba á éstos sobre mis rodillas, hablaba con ellos y sentia fundirse mi corazon en mil sentimientos dulces, que ántes no habia conocido jamas.

Pero, á pesar de todo, una cruel inquietud embargaba mi espíritu.

¿Tendré que separarme de mi marido? me decia. ¿Habré de sufrir la ofensa de que, estando yo á su lado, me sea plena, completamente infiel? ¿No habrá medio de que yo recobre la paz y el sitio que tenia en su corazon?

Esta última parte de mis pensamientos era la que más me atormentaba. ¡Ah, Valentina; no sabemos lo que amamos al padre de nuestros hijos hasta que estamos cerca de perderlo! Yo creia de buena fe que habia dejado de querer á Diego..... ¡Error! Desde que ama á otra, desde que otra mujer me roba su corazon, es desde que he empezado á quererle con toda mi alma.

Despues de mucho llanto y de muchas reflexiones, desistí de separarme de mi marido, lo cual debí á las tiernas y prudentes reflexiones de tus cartas. Tú posees la mejor de las elocuciones, Valentina: la del corazon, y á ésta no hay ninguna que se iguale.

Tomé informes minuciosos en un solo día; informes que sólo fueron la afirmacion de lo que yo sabia ya: en el cuarto tercero del núm. 90 de la calle de Hortaleza viven una señora viuda, con una hija de veinte y tres años de edad, que pasa la vida trabajando para atender á sus necesidades: esta jóven, llamada Lucía, no cuenta con otros elementos de subsistencia que su trabajo: debe tener verdadero talento, porque gana bastante dinero para vivir con decencia: pinta cuadros, copia música, y de dos á cuatro de la tarde da lecciones de canto y dibujo á una docena de niñas que reune en su casa. Tiene ademas, dos veces por semana, conferencias para señoritas, en las que enseña Historia, Literatura y Geografía.

Con todo esto, Lucía Montes, que así se llama la jóven, gana cada mes de sesenta á ochenta pesos, y vive tranquilamente con su madre. ¡Tranquilamente no! He sabido por la Baronesa de Júcar, tu amiga, y á la que hoy visito yo tambien con Diego; he sabido por esta dama que Lucía padece una gran tristeza, que ha llegado á comprometer seriamente su salud; su madre ha dicho á la Baronesa, llorando con el más grande desconsuelo, que su hija tiene unos amores que la hacen muy desgraciada, porque su novio se obstina en no ir á su casa, aunque su madre se la ha ofrecido cuando las ha acompañado en la calle diferentes veces.

¿Cómo ignora la Baronesa, cómo ignora tambien la madre misma de Lucía que el hombre que ama esta pobre jóven es Diego, es mi marido?

¡Tristes misterios de la casualidad!

Gracias á los dulces y elocuentes consejos de tus cartas, Valentina, en vez de cólera, sentí un tierno sentimiento de lástima hácia esa jóven desgraciada, y de súbito se me ocurrió hacer una cosa que pusiera fin á una situacion tan afflictiva para todos.

Tomé un retrato de mi marido, el último que se ha hecho en París, y que tiene un parecido admirable; le puse en un sobre, y me fui á casa de Lucía.

Por una singular coincidencia, tampoco nos habiamos hallado nunca en casa de la Baronesa, donde yo voy poco y ella va con frecuencia; así es que al verla quedé maravillada de su gracia y distincion.

—Señorita—le dije—sé por nuestra comun amiga la señora Baronesa de Júcar que V. copia admirablemente retratos de fotografías, aumentando su tamaño tanto como se desee; y queriendo dar á mi esposo una sorpresa, traigo una tarjeta con su efigie, que V. tendrá la bondad de convertir en un hermoso retrato al óleo.

Lucía tomó la fotografía, y aun no habia pasado un segundo, cuando, exhalando un débil grito, quedó presa de un desmayo mortal, con el retrato en la mano.

Ayudé á su afligida madre á conducirla á su lecho, y habiendo enviado á la criada en busca del médico, conseguimos hacerla volver de aquella dolorosa congoja.

Pareció querer reposar, y corriendo las cortinas del lecho, la madre me hizo señas de que la siguiera fuera de la alcoba.

—¿Es éste—me dijo con semblante grave y triste, y enseñándome la fotografía que habia tomado de la mano crispada de su hija—es éste el retrato de su esposo de V.?

—Sí, señora—le contesté con amargura—es el retrato de mi marido.

—¿Qué se llama.....

—Diego Benavente.

—¡Es un infame!—exclamó con voz sorda la desgraciada madre.—¡Ha envenenado la vida de mi pobre hija!

—Lo sé, señora, y lo deploro por ella.

—De modo que V. ha venido.....

—A decir á VV. la verdad.

—Crea V., á lo ménos, que nada hemos hecho para merecer el odio de V., señora; hemos sido, mi hija más que yo, víctimas de un engaño. ¡Bendito sea Dios y bendita sea V. que le ha puesto fin!..... ¡Quiero más que mi hija se muera que verla dominada por una pasion desgraciada!..... ¡La desgraciada niña no sabia nada de cierto, pero lo sospechaba todo!.....

Yo guardé un triste silencio y dejé llorar á la madre; aquel llanto aliviaba su corazon.

—Y ahora—dijo tras una pausa y enjugando sus ojos—es preciso salir de Madrid; mi hija no puede quedar cerca de ese hombre.....

—Ciertamente—repuse.—¿Tienen VV. parientes, amigos en alguna parte? ¿Tienen preferencia por algun punto de España?

—Por ninguno, señora; somos solas y á nadie conocemos.

—¿Tiene V. entónces algun inconveniente en llevar á su hija á París?

—Ninguno; en más felices tiempos Lucía deseaba mucho ir, por visitar sus museos.....

—Pues dentro de ocho dias saldrán para allá, y ya tendrán dispuesta habitacion; allí habrá quien provea á todas sus necesidades: no hay más que hablar, sino que yo les asegure que tienen en mí una amiga de todo corazon.

Estreché la mano de la afligida señora, y salí de allí con el corazon más contento que al entrar; mi pena se habia quedado en la mitad.

Y ahora, dime, Valentina, ¿he hecho bien? ¿He cometido alguna necesidad? Nada mejor sé me ha ocurrido: dime tu parecer, para que se tranquilice mi espíritu.—*Mariana.*

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuación.)

Poco á poco iba adelantando á fuerza de un improbo trabajo, y hubiera llegado á tener una posicion bastante desahogada, si la muerte no hubiese venido á arrebatárselo á su esposa y á su hijo en lo mejor de su edad.

Quedó, por lo tanto, Enrique, cuando sólo tenia diez años, al amparo de su madre, buena señora, que si no contaba con recursos para darle una esmerada educacion, como ella hubiera deseado, pudo, sí, educarle en el santo temor de Dios y en la práctica de las buenas obras; pero lo que no pudo hacer la escasez de recursos lo pudo hacer la inteligencia de Enrique, quien desde pequeño demostró una aficion decidida al estudio y la lectura, pasándose los dias enteros en casa de nuestro párroco, sabio anciano que poseia una regular biblioteca y que tenia una especial complacencia en difundir sus conocimientos entre la juventud.

Mi sobrina y yo viviamos pared por medio de la casa de Enrique, y las horas que á éste le dejaban libres sus ocupaciones en casa del cura las pasaba en mi casa jugando con Blanca, con quien le unia un cariño ilimitado; cariño que poco á poco fué convirtiéndose en amor, á cuyo sentimiento no nos opusimos ni la madre de Enrique ni yo, porque creimos que habian nacido el uno para el otro.

Bien pronto fué nuestro pueblo campo muy estrecho á la imaginacion de Enrique, y empezó á pensar continuamente en Madrid. «Allí, decía, está la suerte; allí está la riqueza, allí la gloria: los que sienten arder en su mente el fuego santo de la inspiracion, sólo allí pueden encontrar el bello ideal que ambicionan.»

A mi pobre Blanca, que le amaba con todo su corazón, no le parecía que para ser feliz en la vida fuera preciso ir á Madrid y separarse del objeto de su cariño; pero tanto era el entusiasmo de Enrique; tantas veces la decía que una vez que su nombre fuera conocido, una vez que hubiera obtenido una gran posición por medio de su talento, volvería más vehemente que nunca á unirse para siempre con quien tanto amaba, que ella no pudo menos de entusiasmarse también, y confiada en el amor de Enrique, no tuvo inconveniente en dejarlo marchar, llena, como él, de mil dulces esperanzas; pero antes de partir tuvo una entrevista conmigo, en la que me pidió la mano de Blanca, jurándome volvería á casarse.

Vino por fin á Madrid, y durante cuatro años no cesó de escribir, siempre apasionado: en una de sus últimas cartas le decía que iba á volver á su lado para siempre; pero ni lo cumplió, ni escribió en mucho tiempo, y cuando lo hizo fué de una manera tan fría y lacónica, que el corazón de mi pobre Blanca sufrió un golpe horrible.

Después.... cesó completamente de escribir. La salud de mi sobrina empezó á resentirse, y aunque ella padecía en silencio por no asustarme, yo conocía que el mal iba haciendo progresos en su delicado organismo.

Tuve entonces precisión de venir á Madrid, y en seguida que lo supo Blanca, no puede V. figurarse el afán que se apoderó de ella por venir conmigo. Yo la hice ver los inconvenientes de este viaje; pero ella los desoyó, y con el pretexto de su deseo por conocer Madrid, me suplicó tanto, que no pude negarme á traerla: es verdad que nada de lo que me pide ese ángel puedo negárselo.

Siguió luego Anselmo contando á D. Pedro lo ocurrido la noche anterior, de lo que ya tienen noticia nuestros lectores, sin hacer referencia tampoco á Mercedes y á su madre, y concluyó diciendo:

—Aquí tiene V. la historia de todo: mi pobre sobrina no ha podido ya hoy sufrir tantas conmociones, y ha amanecido agravada de una manera que me alarma extraordinariamente.

—No me había engañado—dijo para sí D. Pedro, y luego añadió en voz alta:

—Pues bien, D. Anselmo; en consideración á la amistad que me une con el joven de que se trata, á quien puede decirse que sirvo de padre en Madrid, y autorizado por él, tengo el gusto de pedirle otra vez solemnemente, yo, don Pedro de Vargas, la mano de su sobrina Blanca para don Enrique Lopez.

Estaba tan lejos del ánimo de Anselmo semejante conclusión, que se quedó estupefacto al oírlo y creyó haber entendido mal; pero D. Pedro, que observaba su duda, lo sacó bien pronto de ella, repitiendo una por una las mismas frases que acababa de pronunciar.

—Pero....—exclamó Anselmo sin poderse dominar—¿y Mercedes?

—Mercedes se alegrará mucho de que su sobrina y Enrique sean muy felices—contestó con un tono de profunda tristeza D. Pedro.

—Y él mismo ha dicho....—siguió diciendo Anselmo.

—El mismo me ha suplicado esta mañana que dé este paso.

El buen Anselmo, pensando sólo en la felicidad de su sobrina, no veía la rara abnegación que encerraba aquel acto de la familia de Vargas, ni se ocupaba un momento del desconsuelo en que estaría otro ángel tan puro, tan hermoso y tan amante como Blanca.

—Yo....—dijo al fin—no tengo inconveniente ninguno en concedérsela, como no lo he tenido nunca.

—¿Y ella?

—¡Oh! de ella no hay que hablar; le ama tanto, que cifra sólo su ventura en eso, por más que ella quiera negarlo; si así no fuera, nunca sería ya Enrique su marido.

—Bien; entónces, diré á mi protegido que puede venir á esta casa cuando quiera como futuro esposo de Blanca. Lo único que suplico á V. es que el casamiento se verifique en su pueblo y.... cuanto antes.

—¡Oh! sí: el médico ha mandado que salga de Madrid tan luego como se mejore algo.

—Ese es también mi deseo, y lo creo asimismo el de Enrique.

Dichas estas palabras, levantóse D. Pedro, y despidiéndose afectuosamente de Anselmo, salió de la fonda.

Este quedó un momento absorto, como si fuera juguete de una alucinación; pero volviendo de pronto á la realidad, corrió al aposento de Blanca, y al entrar en él dió un grito y retrocedió espantado.

Blanca se hallaba con la cabeza fuera de la almohada, pálida como una muerta, cerrados los ojos y con un brazo fuera del lecho, que estaba en el mayor desorden.

¿Qué había pasado á la pobre niña?

Pronto lo sabremos; mas antes retrocedamos algunas horas, para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

CAPÍTULO VIII.

Resoluciones extremas.

Enrique llegó á su casa más sereno, y en seguida se puso á escribir una carta, que debía ser larga, á juzgar por el tiempo que empleó en concluirla.

Después la leyó y dijo:

—No, no es esto; y la rompí, poniéndose á escribir otra, á la que cupo la misma suerte.

—Más vale que yo hable con ella—se dijo luego;—en una carta no puede expresarse todo lo que se quiere;—y tomando otro pliego de papel, escribió estas cuatro líneas:

«Querida doña Justa: Tengo absoluta precisión de hablar con V., antes de las nueve, de un asunto de la mayor importancia. Debido á esto, y para que esté V. advertida, me permito molestarla tan temprano. La ruego que me diga si me espera.»

Cerró esta carta, y la mandó inmediatamente con un criado, encargándole la mayor urgencia.

Luego apoyó la frente en la mano y quedó sumergido en profundas reflexiones.

En esta misma postura le encontró Eugenio, que, al dar las ocho, entraba en el cuarto de Enrique.

—¿Te has decidido ya?—Fué lo primero que dijo.

—Sí.

—¿Por quién?

—Por Blanca.

—Me lo había figurado, porque te conozco y conozco tus sentimientos; y ¿cómo vas á disculparte con Mercedes y su familia?

—Voy á su casa á las nueve, y hablaré con D.^a Justa, como si estuviera á los pies del confesor.

—¿Se lo vas á contar todo?

—Absolutamente todo.

—De modo que Mercedes....

—Ha muerto para mí.

Al decir esto, Enrique volvió la cabeza para ocultar á su amigo una lágrima que pugnaba por salir de sus ojos.

El criado que había llevado la carta entró con la contestación.

Enrique la abrió apresuradamente y leyó lo que sigue: «Se ha adelantado V. á mis deseos, pues estaba justamente escribiéndole para que viniere, cuando he recibido su carta; le espero á V., pues, con impaciencia.»

—Voy en seguida—dijo Enrique—y Dios me dé la elocuencia suficiente.

—¿Quieres que te acompañe?—le preguntó Eugenio.

—Sí, hasta casa de Vargas.

—Vamos, pues.

Salieron los dos amigos, y al llegar á la calle del Caballero de Gracia y á casa de Vargas, subió Enrique, y Eugenio se quedó paseando por la acera.

Estaba hondamente impresionado por la situación en que se hallaba su amigo, y no quería apartarse de allí hasta saber qué resultaría de aquella entrevista.

En el mismo gabinete que ya conocemos, por haber visto en él á Mercedes y á su madre la noche anterior, se hallaban D.^a Justa y D. Pedro de Vargas, en una animadísima conversación, cuando anunciaron á Enrique.

Inmediatamente ocultóse D. Pedro en la habitación contigua, cuya puerta dejó entreabierta, y entró el joven, poseído de una emoción que en vano trataba de dominar.

Ambos permanecieron un momento en silencio, sin atreverse ninguno á ser el primero que lo rompiera.

Muy penoso era aquel estado, tanto para D.^a Justa como para Enrique, y era mejor salir de él cuanto antes.

—Señora—dijo al fin el joven—debo á V. una explicación, y voy á dársela, por sensible que me sea.

—Íba á pedirselo—repuso D.^a Justa—y me alegro que me ahorre V. ese trabajo.

—Vengo á hablar con V.—prosiguió Enrique—porque no me creo culpable; si así fuera, yo le aseguro que no hubiera venido; otra hubiera sido entónces mi resolución.

—Le creo, pero hable V.; ya le escucho.

El joven refirió á D.^a Justa la misma historia que pocas horas después contó Anselmo á D. Pedro, hasta llegar al momento en que conoció á Mercedes.

—Desde aquel día—siguió diciendo—no sé qué pasaba por mí; casi sin darme cuenta de ello, iba borrándose poco á poco de mi corazón la imagen de Blanca, y grabándose en él con caracteres indelebles la de Mercedes.

Yo hubiera querido huir, no verla más; pero una fuerza superior me atraía, y cuando estaba á su lado, el mundo entero desaparecía de mi pensamiento, para no ver más que á ella, su purísimo rostro, sus gracias encantadoras. Créalo V., señora; era muy desgraciado; tanto más, cuanto más afecto veía en ella, cuanto más confianza y cariño me demostraban ustedes. Mil veces estuve á punto de confesárselo todo, de decirle que yo no podía disponer de mi corazón; pero me faltaba el valor, y el tiempo iba pasando, haciendo que cada día creciese en mi alma el amor que sentía por Mercedes.

Un día, V. lo sabe, nos hallábamos en el teatro, donde se ponía en escena mi comedia *Amor y positivismo*, en la que he puesto todo el tesoro de ternura que abraza mi corazón. Tanto Mercedes como yo estábamos conmovidos, y no cesábamos de mirarnos al escuchar aquellas frases, tan en armonía con nuestros sentimientos. ¡Ah, no me acrimine V., señora; estaba loco, loco por Mercedes! Cuando concluyó el segundo acto, nos retiramos al antepalco, llenos los ojos de lágrimas todavía por la manera inimitable con que habían interpretado la Elisa Boldun y Calvo las creaciones de mi imaginación, y entónces, lo mismo que cuando las aguas del mar contenidas por un dique de hierro luchan y se estrellan en él hasta que una ola más poderosa que todas lo arrasa y destruye, así mi amor por Mercedes rompió en aquel momento el dique de mis promesas y recuerdos, y ante ella y V. rebosaron de mi corazón todos los sentimientos que le llenaban.

Desde entónces, muy pocas veces acudía á mi mente la memoria de Blanca; y aunque en alguna ocasión tenía remordimientos de mi conducta, la presencia de Mercedes los borraba todos, volviendo á mí ser la dicha y la tranquilidad.

Yo me decía: ella no se acordará de mí tampoco; ella habrá tal vez reemplazado por otro mi amor; pero ¡cuán equivocado estaba! Usted vió mi encuentro con ella y su tío en el teatro, y oyó lo que dije: pues bien, cuando dejé á VV. en el carruaje, volví donde me esperaban, y....

Aquí Enrique contó á D.^a Justa su entrevista con Blanca y Anselmo, y siguió diciendo:

—Ella está enferma; yo, desesperado: he prometido ir á las diez á verla para explicar mi conducta, y no sé qué hacer. Usted, que en el tiempo que hace que nos conocemos me ha mirado como una madre, déme un consejo, mándeme: ¿qué hago?

Doña Justa no podía contestar, y se enjugaba silenciosamente las lágrimas que la relación de Enrique había hecho brotar de sus ojos.

—¡Pobre hija de mi alma!—dijo al fin—¿qué es lo que la espera saber?

—Dígame V., señora, ¿qué resolución adopto?

—¡Ninguna!—dijo D. Pedro presentándose—¡ninguna! Lo que tiene V. que hacer lo haré yo.

—¡Usted!—exclamó Enrique, que se había puesto en pié.

—Yo, sí; ¿dónde vive esa señorita?

—Pero....

—¿Dónde vive? Contésteme V.

—En la fonda del Comercio, con su tío.

—¿Y se llama éste....

—Don Anselmo Gonzalez.

—Basta: no necesito saber más; hágame V. el favor de retirarse á su casa, que allí iré yo á buscarle.

—Dígame V. al menos....

—Nada tengo que decirle; no tenga V. cuidado, y haga lo que le he dicho.

Salió Enrique de casa de Vargas aún más afectado que estaba al entrar.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

UNA MIRADA AL PASADO.

LA mayor parte de las mujeres halagadas por la fortuna abrigan la fatal creencia de que ocuparse de los quehaceres domésticos y arreglar por sí mismas los gastos de sus casas es tan vulgar y de tan mal tono, que una persona colocada á cierta altura en la escala social no debe descender nunca á hacerlo, dejando estos cuidados á las gentes de poco más ó menos.

Vamos á procurar destruir este fatal error, demostrando, por medio de curiosísimos documentos históricos, que muchos reyes, reinas y grandes damas de otros tiempos no creían rebajarse presidiendo todos los trabajos domésticos, arreglando por sí mismas sus cuentas, ó condimentando los manjares en compañía de su cocinero.

En los archivos de Londres se conserva el *Reglamento para el servicio de la casa del Rey*, redactado por Enrique VIII y escrito todo él de su puño y letra.

Hé aquí algunos de los artículos de este curioso documento:

«El cocinero de S. M. no tendrá de esos pinches haraposos, que andan casi desnudos, y que por las noches duermen sobre el suelo al amor de la lumbre.»

«En la mesa del Rey no se presentará un manjar de un precio excesivo.»

«El despensero dará un recibo para responder de las sustracciones que puedan hacerse, así de las marmitas como de las copas de cuero pertenecientes al servicio de S. M.»

«La vajilla de estaño es demasiado costosa para usarla diariamente. Debe tenerse cuidado con los platos de madera y las cucharas de estaño.»

«Los criados de Palacio no sostendrán á ningún chiquillo ó comisionado para que les sirvan.»

«Las mujeres pródigas y gastadoras serán desterradas de la corte.»

«Lo mismo se hará con todos los perros, exceptuando un corto número de falderillos, para distracción de las damas.»

«Los oficiales de la cámara de S. M. vivirán en buena armonía entre sí.»

«Toda muchacha de la servidumbre de la Reina que tenga amante será arrojada de la corte.»

«Los mozos de cuadra no robarán la paja de S. M. para meterla en sus camas, supuesto que ya se les ha dado la cantidad suficiente.»

«Todas las personas de la corte deben cuidar extremadamente de su limpieza personal y de la de sus vestidos.»

«De seis á siete de la mañana los oficiales encargados de cuidar de la cámara del Rey encenderán el fuego y pondrán paja fresca en la habitación particular de S. M.»

«No se dará carbon sino para las cámaras del Rey, de la Reina y de lady María.»

«El almuerzo se servirá á las diez, y la comida á las cuatro.»

«A las damas de honor de la Reina se les dará pan blanco y una chuleta para almorzar.»

«A cada empleado de la cocina del Rey que se case, se le hará un regalo, como asimismo á los que hagan algún presente á S. M.»

Hé aquí cuán modesto era el interior de aquel palacio Real. ¡Paja para servir de alfombra en la cámara de un soberano! En aquella época, ni aun en las habitaciones de los palacios se conocían las alfombras, la profusión de tapices, las mil comodidades de ahora; y como los pavimentos eran feos, y el mármol demasiado frío, los cubrían de paja y cañizos en el invierno, y de hojas y flores durante el verano. Esto mismo se hacía en las iglesias, en las escuelas y en otros lugares públicos.

Uno de los artículos anteriores prueba que por entónces se comía bastante mal en la corte; pero para comprender bien esta exagerada economía, debe tenerse presente que en el siglo XVI la mayor parte de las viandas eran en extremo raras y carísimas, especialmente las legumbres, pues en Inglaterra no se encontraban ningunos de estos géneros de vegetales, que era preciso traer del extranjero con gran costo. Baste decir que la reina Catalina no pudo conseguir tener ensalada en su mesa hasta que el Rey hizo traer de los Países-Bajos un hortelano que importara la simiente y la cultivase.

La primera vez que se presentaron en la mesa Real alcahofas, ciruelas y albaricoques, fué en las grandes fiestas con que se celebró el casamiento de Ana Bolena, y merced á la galantería de Francisco I, que hizo este presente á la nueva esposa de Enrique VIII. En aquella época, Francia era un país mucho más privilegiado que su vecina en esta clase de cosas; pues si bien en los antiguos tiempos los gallos carecían de frutos, éstos fueron al fin importados en gran número por los romanos y los francos. Las cerezas, que habían sido llevadas á Italia de *Cesaronte*, puerto del mar Negro, por Luculvo, las introdujeron los primeros en Francia. Más tarde vino el melocoton de Persia; las ciruelas y los albaricoques de Damasco, de Siria; los higos y las

aceitunas, de Grecia, y las alcachofas y los espárragos, de Africa. Las peras llamadas *de buen cristiano* llegaron de Palestina, bajo el reinado de Luis XI, y los melones fueron llevados a Francia por Carlos VIII, de una quinta de los papas, llamada *Cantalupi*. Estos frutos eran, no obstante, muy raros, porque el cultivarlos era privilegio Real.

Asimismo lo eran los peces, y en el art. 1.º, tit. VII, de las Ordenanzas Reales publicadas en tiempo de Luis XIV se leen estas palabras:

«Declaramos, pues, Reales los delfines, salmones y truchas; y como tales, hacemos saber que, una vez pagados los salarios de los que los encuentren ó pongan en lugar seguro, son propiedad nuestra cuantos se hallen en la orilla del mar.»

La reina que compartía los trabajos de un cocinero era la reina Ana de Inglaterra, la que era, segun parece, una delicada gastrónoma. Todas las mañanas su hábil Vatel era recibido en su tocador, en audiencia particular, para discutir sobre los nuevos platos que habia de ofrecer á su soberana, no desdenándose ella misma muchas veces de confeccionar algunos con sus Reales manos. De este modo progresó el arte de cocina en Inglaterra, y los formularios ingleses contienen todavía muchas preparaciones designadas á la manera de la reina Ana.

Ahora, si queremos bajar de las gradas del trono para ocupar el primer escalon de la escala social, veremos á la célebre Mme. de Maintenon, aquella célebre marquesa que supo alcanzar la mitad de una corona, cuyo vasto y profundo espíritu no desdenó dedicarse á los más ínfimos detalles domésticos: testigo un autógrafo muy curioso, que fué vendido en la coleccion del baron de Fremont.

Este consiste en una carta dirigida á su hermosa sobrina, aconsejándole la manera de gobernar su casa, y en la que trata de convencerla de que con un buen orden y quince mil libras de renta podia muy bien hacer frente á todas sus necesidades. Es verdad que en 1678, época en que fué escrita esta carta, los gastos eran una tercera parte menos que hoy, y que las necesidades que el lujo hoy nos impone no se habian aún desarrollado.

Recuerdo una bella frase de Young, que dice: «Vuestros deseos crecen en la tarde de la vida, como se prolongan las sombras al ocaso del sol.» ¿No sucede lo mismo en la vida de los pueblos que en la de los hombres? Dejad ya á las personas competentes la resolucion de esta cuestion, que hallo muy superior á mis fuerzas, para volver á la carta de la Marquesa, porque quiero citar el curioso párrafo de que acabo de hablar.

«La carne cuesta á cinco sueldos la libra; el azúcar, á once. En la casa sois señor y señora, tres sirvientes, cuatro lacayos, dos cocheros y un ayuda de cámara; total, doce personas.

»Hé aquí bajo qué pié debeis establecer el gasto diario:

Pan.....	2 libras	10 sueldos.
Vino.....	1 »	10 »
Manteca.....	2 »	10 »
Frutas.....	1 »	10 »
Buffas.....	»	10 »
Velas de sebo.....	»	8 »

»No debeis gastar sino cuatro sueldos de vino para los cuatro lacayos y los dos cocheros, y no necesitais que ardan durante tres meses más que dos fuegos, no incluyendo el de la cocina. Limitaréis, pues, vuestro gasto anual:

Para los alimentos, leña, etc., etc.....	6.000 sueldos.
Para libreas, carruajes y manutencion de caballos.....	4.000 »
Alquiler de casa.....	1.000 »
Ropas, teatros, etc., etc.....	3.000 »
Salarios y otros gastos.....	1.000 »
TOTAL.....	15.000 sueldos.

»Bien veis, queridísima, que sois inmensamente rica, y con esta suma podeis hacer una vida de princesa.»

Este presupuesto de princesa hará sonreír á muchas de nuestras damas, y gracias que la mayor parte de estas encantadoras y adúladas mujeres no llevasen más allá el despilfarro en sus gastos.

«La espiritual Marquesa de Sevigné se limitó á no gastar sino 6.000 libras por año, á fin de restablecer con sus economías la fortuna de sus hijos, que el Marqués, su esposo, habia comprometido locamente, sin que estas economías impidieran á aquella encantadora mujer brillar de un modo notable en la corte del gran rey.»

Es verdad que en esta época, lo repito, lo superfluo no habia llegado á hacerse necesario; los vestidos se hacian eternos, y las habitaciones no se hallaban recargadas de esas mil chucherías en que hoy se invierten sumas considerables. Por ejemplo: hablando de las flores, hoy adornan todos los gabinetes, chicos y grandes, y cuya venta se ha convertido en una verdadera industria, en tanto que en otro tiempo no habia casi flores, y las pocas que habia estaban relegadas á los jardines.

Las lilas, originarias de Persia, no fueron importadas en Francia hasta el fin del reinado de Luis XIV, por M. de Noite, embajador entonces en Constantinopla, que tambien nos trajo el tulipan. El heliotropo nos vino de Méjico en tiempos de Luis XV; la camelia, de la China, en el de Luis XVI, por el Padre Camelin, de la Compañía de Jesus. La rosa de Bengala y la hortensia fueron importadas en Europa, en la época del primer Imperio,

por lord Macartney, gobernador general de la India, y la última de estas flores, cuando apareció en Francia, fué ofrecida á la emperatriz Josefina, que la dió el nombre de su hija Hortensia. La dalia nos ha venido de América, aun no hace sesenta años.

Mas abandono todas estas citas para volver á mi punto de partida, y repetir á todas las mujeres que la economía y el orden son dos nobles virtudes, y no cualidades vulgares que sea preciso abandonar á la clase media.

E. DE LUSTONÓ.



Paris, 8 de Junio.

Empresa ardua la de definir la moda en el momento actual; lo que es absolutamente cierto es que se lleva todo lo que sienta bien. No sé si el invierno próximo se adoptará la muselina y el velo, pero lo que es indudable es que este verano se lleva bastante terciopelo, mucho moaré y no poco raso. Hay que reconocer que los fabricantes, sin duda por un sentimiento de humanidad, hacen esas telas algo más ligeras que para los tiempos frios.

Algunas casas confeccionan magníficos abrigos para salir en carruaje, con el centro de la espalda y las mangas de terciopelo, y todo lo demas es una confusion, una mezcla de encaje y de azabache mordorado, de redes de cuentas, etc., etc. El forro es de seda ligera sombreada. Estas confecciones podrian llamarse con razon un *potpourri*.

La misma confusion reina en los vestidos; se ve fraternizar el bullon con el tableado; la banda, con los pliegues, dobles ó escoceses, y el *panier*, con toda clase de guarniciones. El bordado rivaliza con el encaje, y el vestido plano y los *paniers* voluminosos se combinan á menudo.

Lo que es precioso es la variedad infinita de manteletas, mantillas y esclavinas, que pueden tomarse indistintamente unas por otras; es decir, que la mantilla tiene algo de manteleta, y ésta de esclavina, ó vice-versa. Las hay que por detras forman una esclavina larga, abierta en medio, por encima de la cintura, mientras que por delante los picos van fruncidos cortos y adornados con una infinidad de lacitos. Otras son verdaderas esclavinas cortas, con dos pinzas en los hombros, y tres ó cuatro hileras de encaje de España, muy fino, ciñendo los brazos y yendo por delante á terminar bajo unas ondas de cintas estrechas, con doble hebilla. La banda antigua reaparece; se la hace generalmente de encaje ó de muselina de seda con lunares, tan fina y flexible, que se la puede pasar por una sortija; pero va adornada con un rizado de encaje que forma como una guarnicion de espuma.

Otro género de confeccion ligerá consiste en una especie de aplicaciones de azabaches, puestas en medio de la espalda y en el pecho, y adicionadas de unos volantes an-

chos de encaje de Chantilly, que van cosidos y forman fichú terminado en punta. Con volantes de encajes antiguos se puede confeccionar fácilmente una prenda de este género, poniendo adornos y encajes sobre un fondo de tul grueso negro, cortado por un patron de esclavina y ajustado al cuerpo.

Debo anunciar, con cierta inquietud, á mis lectoras la resurreccion de la *tournure*, mirinaque modificado, bastante voluminosa y que se lleva solamente detras de la falda. ¿Estamos tal vez condenadas á ver nuevamente el absurdo reinado de los muelles de acero? Pero, como nada en materia de modas reaparece exactamente de la misma manera, yo me pregunto qué va á suceder y qué nueva invencion vamos á tener que llevar, y por ende á colmar de alabanzas, como lo más lindo y lo más elegante del mundo. Ciertos trajes, como los vestidos de baile de prolongada cola, tienen necesidad de sosten para que no queden reducidos á un trapo y para mostrar la belleza de las telas; pero en los vestidos cortos confieso que no veo esa necesidad absoluta.

De la *tournure* al corsé la distancia no es considerable. Diré dos palabras del corsé en general, y del corsé de tul grueso doble en particular. Este corsé, ligero y flexible, no tiene precio para descansar y parecer encorselada cuando hace calor y no se puede soportar el raso ni el dril. Un corsé bien hecho es hoy prenda indispensable para que los corpiños vayan bien. Cuando no se puede soportar ni siquiera el corsé de tul, se recurre al corselillo ó *brasière* de seda ó dril fino, de que he hablado ya en una de mis cartas, y que se puede poner, si se quiere, debajo de la camisa. Esta *brasière* sostiene sin oprimir, y permite llevar, sin otro corsé, un corpiño guarnecido de ballenas. Excuso decir que aconsejo su uso sólo como reposo, y no de una manera permanente, á no ser en caso de padecimiento.

Algunos informes, para terminar, sobre las medias. Llévase mucho las de seda color *ficelle*, que es un color crudo algo sonrosado, muy lindo, y que sienta bien con todos los trajes y no se ensucia demasiado pronto. Los costados y el empeine del pié son calados: en punto á medias de seda, éstas son las más arregladas. No hablaré de las medias de encaje, lujo inútil, bueno para las extravagantes ó las que aspiran á distinguirse de todos modos. Por lo demas, como todo el mundo no puede llevar medias de seda, las hay tambien de seda y algodón, á precios accesibles, y que reproducen los mismos colores, así como de hilo de Escocia, tan fresco y duradero.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.687.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.ª edición de lujo.)

Vestido de moaré crema con listas Pompadour.—La falda, que forma pliegues gruesos, llamados *cañones de órgano*, va dispuesta de modo que la lista Pompadour forme la parte exterior del pliegue. En el borde inferior, un rizado grueso de encaje. El corpiño tiene la forma de un chaqué largo del mismo moaré, con tres pliegues triples por detras. Las aldetas de delante forman una abertura, por la cual se pasa una banda ancha de *surah* color crema, anudada por detras en *pouf* muy voluminoso. Los pliegues van sujetos, á la altura de la rodilla, con broches de pasamanería bordados de cuentas. El escote va guarnecido de un cuello recto con rizado por la parte exterior. Mangas semilargas.

Vestido de gasa Pompadour color de rosa pálido.—El borde inferior va guarnecido de dos volantes de encaje duquesa blanco. El delantero de la falda va cubierto de bandas plegadas, guarnecidas del mismo encaje. El corpiño-polonesa termina en dos puntas largas, guarnecidas del mismo encaje y dispuestas en forma de conchas. *Pouf* muy abultado, plegado tres veces. Mangas que llegan hasta el codo.

Hemos recibido el número 75 del interesante semanario *La Correspondencia Musical*, que publica la conocida casa editorial de Zozaya; inserta variados artículos y numerosas noticias, acompañando como regalo á sus abonados *La Fileuse*, de Raff, inspirada composicion sancionada por los aplausos que el público la dispensa.

La misma casa ha publicado una bonita polka, titulada *El Perro Peco*.

PARIS, Corsets pour les modes actuelles.—M^{mes} de Vertus sceurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

EL OLEOCOME de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, conserva por un tiempo indefinido el cabello y le da un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposicion Universal de Paris las más altas recompensas por todos los productos de su casa. (Véase el anuncio en la cubierta.)

VINAGRE DE TOCADOR

DE

JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, ademas, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO

VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, Paris).



Gilquin imp. Paris

Nº 1687

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12 pñal

M A D R I D

Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.
Cinture-Rigente B^{te} & Corset Anne d'Autriche de N^{os} de Vertus. 1^{er}. r. Auber. Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA